

¿DÓNDE ESTABA DIOS?

**RESPUESTAS A PREGUNTAS DIFÍCILES
SOBRE DIOS Y LOS DESASTRES NATURALES**

ERWIN W. LUTZER



Tyndale House Publishers, Inc. Carol Stream, Illinois

Visite la apasionante página de Tyndale en Internet: www.tyndale.com

TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

¿Dónde Estaba Dios? Respuestas a Preguntas Difíciles sobre Dios y los Desastres Naturales.

Derechos de autor © 2007 por Erwin W. Lutzer. Todos los derechos reservados.

© Fotografía de la portada por Royalty Free/Corbis. Todos los derechos reservados.

Foto del autor por Jim Whitmer Photography. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli

Edición del inglés: Lisa Jackson

Traducción al español: Julio Vidal

Edición del español: Mafi E. Novella

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional® NVI ®. © 1999, por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina Valera 1995® (VRV © 1995) © por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés en el 2006 como *Where Was God?* ISBN-10: 1-4143-1144-3; ISBN-13: 978-1-4143-1144-9

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Lutzer, Erwin W.

[Where was God? Spanish]

¿Dónde estaba Dios? : respuestas a preguntas difíciles sobre Dios y los desastres naturales / Erwin W. Lutzer.

p. cm.

Includes bibliographical references.

ISBN-13: 978-1-4143-1483-9 (hc)

ISBN-10: 1-4143-1483-3 (hc)

1. Disasters—Religious aspects—Christianity. 2. Providence and government of God—Christianity. 3. God (Christianity)—Omnipresence. I. Title.

BT161.L8818 2007

231'.8—dc22

2006031727

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

13 12 11 10 09 08 07

7 6 5 4 3 2 1

Para R. C. Sproul, un amigo que nunca se cansa de recordarnos que Dios es soberano, tanto en los eventos históricos como en los naturales, y que Él es digno de toda nuestra fe y confianza.

*Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza,
nuestra ayuda segura en momentos de angustia.*

*Por eso, no temeremos
aunque se desmorone la tierra
y las montañas se hundan en el fondo del mar;
aunque rujan y se encrespen sus aguas,
Y ante su furia retiemblen los montes.*

“Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios.

¡Yo seré exaltado entre las naciones!

¡Yo seré enaltecido en la tierra!”

*El SEÑOR Todopoderoso está con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob.*

SALMO 46:1-3, 10-11

CONTENIDO

Introducción: Un corazón para el afligido _____ ix

Capítulo 1: ¿Nos atreveremos a buscar respuestas? _____ 1

- El terremoto que sacudió a Europa
- ¡Una interpretación, por favor!
- ¿Es este el mejor de todos los mundos posibles?
- La esperanza cristiana
- Viento, lluvia y una casa derrumbada

Capítulo 2: ¿Es Dios responsable? _____ 23

- ¿Deberíamos absolver a Dios de la responsabilidad?
- Las calamidades en la Biblia
- ¿Nos atreveremos a acusar a Dios por el mal?
- Responder con compasión

Capítulo 3: ¿Hay lecciones para aprender? _____ 51

- Los desastres ocurren fortuitamente
- Las lecciones que podemos aprender

Capítulo 4: ¿Son los desastres juicios de Dios? _____ 69

- ¿Está Dios enojado con los Estados Unidos?
- Los desastres y el fin de los tiempos
- La ruta de escape
- ¿Salvado o perdido?

Capítulo 5: ¿Podemos aún confiar en Dios? _____ 87

- El callejón sin salida del ateísmo
- Una respuesta intelectual
- Una respuesta personal
- Enfrentando las dudas

Capítulo 6: ¿Qué contesta cuando sus amigos le preguntan? _____ 107

- Debemos lamentarnos
- Debemos dar gracias
- Debemos decidir
- Debemos encontrar tierra firme

Epílogo: Listos para “La Gran Prueba” _____ 121

- Evitar la maldición final



UN CORAZÓN PARA EL AFLIGIDO

Este libro nació en mi corazón mientras miraba un informe especial de CNN sobre los niños que sobrevivieron el fatal terremoto en India y Pakistán el 8 de octubre del 2005. Mientras observaba a los voluntarios tratando de ayudar a los jovencitos atemorizados, la pregunta que vino a mi mente fue: “¿Qué clase de Dios permite que ocurra semejante desastre?”

Estos niños, en su mayoría huérfanos, estaban magullados y vendados. Algunos tenían sus ojos tan hinchados que no podían abrirlos. Otros estaban sentados en un silencio sepulcral, evidentemente conmocionados por lo que habían experimentado. Sin las instalaciones adecuadas, los voluntarios hacían todo lo que podían para proveer consuelo y las necesidades básicas a los sobrevivientes. Pero mucha gente que quedó atrapada en aldeas remotas no recibió ayuda en absoluto.

Sin duda, muchos de esos niños ya han muerto desde el día de la transmisión del especial de CNN, y aquellos que sobrevivieron enfrentan una vida de soledad, pena y dolor. En total,

ochenta mil personas murieron en el terremoto del 2005 y un número muchísimo mayor sufrió lesiones.

Este terremoto ocurrió inmediatamente después del mayor desastre natural de la historia moderna, el tsunami que barrió Sri Lanka, Tailandia, India y muchos otros países en diciembre del 2004. Actualmente, el número estimado de víctimas es de 240.000, aunque nadie lo sabe con seguridad.

Mientras escribo estas páginas, un año después del tsunami, dos millones de personas aún permanecen sin hogar y muchas de ellas, a duras penas, han comenzado a rehacer sus vidas. Hay niños que aún luchan por sobrevivir, familias que están fragmentadas y cincuenta mil personas en las listas de los desaparecidos. Algunas personas todavía siguen buscando a niños o parientes, esperando encontrarlos vivos, aun cuando saben que las posibilidades son probablemente remotas. ¿Quién puede calcular la cantidad de lágrimas derramadas debido a desastres como este?

Aquellos de nosotros que vivimos en los Estados Unidos pensamos inmediatamente en el huracán Katrina, que azotó gran parte de la Costa del Golfo en agosto del 2005. Las imágenes de miles de personas a la deriva, aglomerándose en torno al estadio Superdome han quedado grabadas en nuestras memorias. Las historias son innumerables: Una madre llamando a su hijo mientras es arrastrada por las turbulentas aguas. Una familia abarrotada en un altillo, haciendo señas desesperadas a los socorristas, en espera de ser salvados. En total, más de mil personas murieron y cientos de miles que

fueron dejados atrás tratan de recuperar algo de normalidad. Los sobrevivientes cuentan sus historias de lucha con las compañías de seguros y sus experiencias viviendo en refugios, sabiendo que sus hogares nunca podrán ser reconstruidos. Como resultado de todo este desastre, muchos niños aún siguen desaparecidos.

En total, la temporada de huracanes del 2005 fue la más activa de la historia: Se dio nombre a veintisiete tormentas tropicales (incluyendo catorce huracanes). Pero la devastación ocurrida en desastres menos conocidos es igualmente terrible para las familias y los niños. Tragedias en menor escala matan y destruyen cada día, aunque sólo los eventos de gran envergadura llegan a ser noticia.

Alguna gente piensa que no deberíamos buscar respuestas de Dios o del hombre. Creen que estos desastres son de proporciones tan grandes que no puede haber ningún propósito oculto en ellos, y que nada útil o alentador se puede decir de ellos.

Soy muy consciente de que se puede decir poco o nada para aliviar el dolor de aquellos que lloran por la pérdida de sus seres queridos. Los padres raramente encontrarán consuelo cuando un cristiano les diga que Dios tiene algún propósito oculto en la pérdida de su hijo. Un niño que recién se ha enterado de que sus padres han muerto en la casa derrumbada que yace detrás de él, no se consolará con la certidumbre de que a Dios realmente le importa y que Él hizo esto con un propósito mejor.

Las respuestas simplistas pueden ser hirientes e inútiles. A

veces, sólo necesitamos sentarnos al lado de aquellos que están afligidos, haciéndoles saber que nos preocupa lo que les sucede, en lugar de hablarles desapasionadamente acerca de las promesas y los propósitos de Dios. He descubierto que, a menudo, es mejor no decir nada que decir algo que parezca restarle importancia al horror. Hay penas que son muy profundas para ser expresadas en palabras, muy intensas para encontrarles explicación e incluso muy hondas para el consuelo humano.

Recuerdo muy bien las palabras de Fiódor Dostoievski cuando describe claramente los sufrimientos de los niños pequeños y se cuestiona el problema de la maldad en *Los Hermanos Karamazov*: “Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo... ¿te prestarías a ello?”¹ El famoso escritor concluye que tal tormento nunca puede ser justificado, que jamás se ha encontrado una explicación que le pueda dar respuesta o que lo respalde. Lo mismo se puede decir acerca del sufrimiento de los niños a la luz de males naturales; el sufrimiento es de tal magnitud que parecería inútil creer que pudiese ser justificado alguna vez. Simplemente, es mejor no dar una respuesta que responder de manera inadecuada.

Tenga en cuenta que, aunque usamos el término *mal natural*, debemos distinguir entre los desastres naturales y los males provocados por el hombre; aquellos que pueden ser atribuidos a las decisiones tomadas por seres humanos. Un

maremoto que ocurre en medio del océano y que no nos afecta, no puede considerarse un mal en sí mismo; solamente nos referimos a él como malo cuando nos percatamos de la devastación que trae para la gente que comparte este planeta. Se vuelve malo porque consideramos todo sufrimiento y muerte como algo malo.

Sin embargo, a pesar de esta aclaración, necesitamos preguntarnos si los horribles eventos que hemos presenciado son compatibles con el Dios que se nos ha revelado en la Biblia. Los desastres naturales desafían los límites de nuestra fe en un Dios bueno y compasivo. ¿Cómo podemos mirar las noticias sobre niños huérfanos y lograr que nuestra fe aún permanezca intacta? Siglos atrás, Asaf, que escribió muchos de los Salmos, comprobó que su fe se debilitaba cuando veía prosperar a los malvados y a los justos ser humillados. Él comienza con una afirmación optimista para luego revelar sus dudas:

En verdad, ¡cuán bueno es Dios con Israel, con los puros de corazón! Yo estuve a punto de caer, y poco me faltó para que resbalara. Sentí envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de esos malvados.

SALMOS 73:1-3

El problema de Asaf no era un desastre natural, pero aún así, le resultaba difícil reconciliar la existencia de un Dios bueno y todopoderoso con la permanente injusticia del mundo. ¿Quién no se ha cuestionado la aparente indiferencia de Dios hacia este planeta con sus aflicciones, sus injusticias

y sus sufrimientos? Frente a situaciones de indescriptible dolor humano, el silencio de Dios resulta abrumador e incomprensible.

Un periodista, comentando acerca del huracán Katrina, habló por muchos cuando dijo: “Si este mundo es el producto de un diseño inteligente, entonces el diseñador tiene algo que explicar”. Por supuesto, muchos creemos que el Diseñador *no* nos debe una explicación. Aunque si creemos que Él se ha revelado a Sí mismo a través de las escrituras, se nos permite tener una idea de su manera de obrar y sus propósitos en el mundo.

Tenemos muy poco para decir a aquellos que, con enfado, decidieron estar en contra del Todopoderoso. Sólo podemos hacer esta observación: Cuando los ateos preguntan por qué Dios permite estos males, están realmente dando por sentado la existencia de Dios incluso cuando lo critican severamente. Si Dios no existiese, no podríamos llamar malo a nada, ya sean las convulsiones de la naturaleza o los actos criminales de los seres humanos. En un mundo impersonal que niega la existencia de Dios, cualquier cosa que *es*, simplemente existe. Ningún juicio moral es posible. Volveremos a este punto más adelante en este libro.

En última instancia, nos enfrentamos con una cuestión de fe. Aquellos que conocen a Dios creerán que Él tiene una razón justificable para la tragedia humana, mientras que otros tratarán tal fe con menosprecio.

He escrito este libro con varios objetivos en mente.

Primero, deberíamos descubrir lo que la Biblia tiene para

decir acerca de la relación entre Dios y los desastres naturales. Tal estudio bien puede alejar a la gente de Dios (como ya veremos, esto es lo que le ocurrió a Voltaire) o puede llevarnos a adorarlo aun con más concentración y reverencia. En última instancia, mi objetivo es proporcionar la convicción de que se puede confiar en el Dios de la Biblia, que sus promesas para aquellos que creen son dignas de nuestra fe y son la base de nuestra esperanza.

Estaré contestando preguntas tales como:

- ¿Deberían los desastres naturales ser llamados actos de la Providencia?
- ¿Está Dios involucrado directa o indirectamente en tales tragedias?
- ¿Por qué deberíamos creer que Dios aún está interesado en lo que ocurre en Su mundo?
- ¿Padeció desastres la gente en la Biblia? Si así fue, ¿continuaron creyendo?

Todo se reduce a esto: A la luz del sufrimiento que parece tan innecesario en este mundo, ¿Tenemos todavía confianza en Dios? ¿Es incluso posible confiar en un Dios que permite un desastre que seguramente podría haber evitado, o todavía más específicamente, un desastre del cual Él se hace responsable?

Mi intención no es espiar el diario personal de Dios y fingir que puedo ver todos sus propósitos; ciertamente, hay

abundantes propósitos divinos que nunca llegaremos a conocer en estos desastres. Finalmente, sólo Dios sabe todos los motivos y los por qué. Más bien, quiero demostrar que el mal natural no es incompatible con un Dios bueno y compasivo. En nuestro estudio encontraremos mucho misterio, pero con optimismo, también hallaremos mucho entendimiento que nos guiará, también, a afligirnos por los padecimientos de este mundo.

El segundo propósito de este libro es advertir sobre las interpretaciones bien intencionadas, pero absurdas, que se hacen frecuentemente cuando ocurren los desastres. Como lo haré notar, gente de todas las religiones, incluyendo cristianos, a menudo están demasiado dispuestos a interpretar estos eventos precisamente de la manera que a ellos les parece. Debemos advertir acerca de los comentarios de la gente sincera que está realmente convencida de que son capaces de discernir los pormenores de la mente divina.

Al aclarar estos asuntos, daremos un vistazo a las diferencias entre la función de los desastres naturales en el Antiguo Testamento y los actuales. Si no hacemos esta diferenciación necesaria, creo que podemos ser llevados a emitir toda clase de opiniones que son inválidas e incluso dañinas acerca de los desastres.

Finalmente, he escrito este libro para tratar de consolar a todos aquellos que dudan y sufren. Si bien es cierto que las mejores explicaciones no consuelan inmediatamente a los que están luchando con el sufrimiento, aquellos que creen en el Dios de

la Biblia pueden encontrar una fuente de fortaleza y consuelo, aun cuando las respuestas resulten difíciles de obtener.

Aunque la primera mitad de este libro (capítulos 1 a 4) aborda mayormente preguntas de carácter teológico y filosófico acerca del mal natural, la segunda mitad (capítulos 5 y 6) está escrita con una inquietud pastoral en mente. Allí, alentaré a los lectores a buscar a Dios con fe y a seguir creyendo sin importar las tragedias que vengan a este planeta. También abordaré el tema de nuestras luchas personales con la duda, y qué decir cuando los amigos nos preguntan acerca de Dios y su relación con las tragedias que vemos cada día en la televisión. El epílogo nos desafía a prepararnos para “La Gran Prueba”.

Para este estudio, me concentraré en el mal natural en lugar del mal causado por la gente. Claramente, Dios no hace el mal perpetrado en un campo de concentración; son seres humanos los que lo hacen. Pero los terremotos y los huracanes no pueden estar relacionados directamente con las decisiones hechas por los seres humanos. Como veremos, el rol de Dios es más inmediato y directo en estas tragedias.

En consecuencia, a muchos cristianos que podrían no perder su fe debido a la maldad humana se les hace más difícil mantenerla cuando ocurren desastres naturales. Aun los cristianos se preguntan si pueden confiar en un Dios que permite (u ocasiona) que ocurran tales desastres sin una sola palabra de consuelo del cielo. John Keats escribió: “¿Hay otra vida? ¿Me despertaré y descubriré que todo esto es un sueño? Debe haberla; no podemos haber sido creados para esta clase de sufrimiento”.

No hay ninguna duda de que esta vida incluirá sufrimiento.
Pero, ¿dónde está Dios frente a semejante dolor?
Comencemos nuestro estudio.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Ha sufrido usted o un ser querido una pérdida debido a un desastre natural alguna vez?
2. Después de un desastre natural, ¿tiende usted a poner en duda la bondad de Dios o recurre a Él buscando consuelo?
3. ¿Qué pasajes de la Biblia le vienen a la mente cuando piensa acerca de nuestra lucha para creer en la bondad de Dios en tiempos difíciles?



¿NOS ATREVEREMOS A BUSCAR RESPUESTAS?

El silencio de Dios en presencia de la aflicción humana es uno de los más grandes misterios de nuestra existencia. Cuando nos enfrentamos con el sufrimiento humano innecesario, somos forzados a reconsiderar nuestra fe, a hacer frente a nuestras dudas y a debatir si podemos confiar en Dios. Cuando el huracán Katrina golpeó la Costa del Golfo en agosto del 2005, aun aquellos que usualmente excluyen a Dios de su pensamiento se hicieron preguntas acerca de la existencia humana mientras luchaban con la aparente indiferencia divina ante las necesidades humanas.

Tal como los terremotos crean temblores secundarios, los desastres naturales crean temblores secundarios religiosos que desafían la fe de aquellos que creen en Dios y simultáneamente reafirman el cinismo de los escépticos. De cualquier modo, los desastres nos fuerzan a hacernos preguntas fundamentales.

El terremoto que sacudió a Europa

Comenzamos nuestro debate, no con desastres contemporáneos sino más bien con uno que ocurrió el 1^{ero} de noviembre de 1755. El terremoto de Lisboa fue probablemente el de mayor alcance y el más notorio desastre natural de la historia moderna, hasta el tsunami ocurrido a fines del 2004. Otros desastres pueden haber sido peores, pero ninguno fue tan ampliamente debatido o ha tenido tan profundas ramificaciones como éste ocurrido en Portugal.

Esa mañana el cielo estaba soleado, tranquilo y bello, pero en un momento todo se transformó en un caos espantoso. Irónicamente, el terremoto ocurrió en el día de Todos los Santos, cuando las iglesias estaban atestadas de creyentes. Uno pensaría que la gente que buscó refugio en la casa de Dios podría haberse salvado. Ciertamente, algunas personas corrieron hacia las iglesias, buscando refugio junto a los sacerdotes que estaban oficiando misa a las 9:30 de la mañana. Testigos oculares dicen que las multitudes tenían el terror de la muerte en sus rostros y cuando sobrevino el segundo remezón, tanto los sacerdotes como los feligreses comenzaron a gritar por igual, clamando misericordia a Dios. Pero el cielo se mantuvo en silencio ante sus súplicas. Casi todas las iglesias de Lisboa fueron reducidas a escombros y la gente que buscó refugio en ellas falleció.

Luego del sismo inicial, que duró de seis a diez segundos, los temblores secundarios adicionales continuaron destruyendo edificios y hogares. El fuego estalló inmediatamente de

un lado al otro de la ciudad, haciendo que las tareas de rescate fueran casi imposibles. Esta devastación fue seguida por un tsunami; sus altas olas golpearon el puerto marítimo, desprendiendo las embarcaciones de sus anclas y matando a cientos de personas que buscaron refugio a lo largo de la costa. El cielo soleado se oscureció por el hollín y el polvo. Con la tierra, el fuego y el agua combinándose para aumentar la destrucción, hasta los más calmos observadores sospecharon de un diseño.¹

El terremoto cobró las vidas de entre treinta y sesenta mil personas y redujo tres cuartos de la ciudad a escombros. Aquellos que quedaron fueron forzados a reconsiderar muchos de los asuntos importantes de la existencia humana. Por toda Europa pareció haber un deseo completamente nuevo de volver a debatir las preguntas acerca de la vida más allá de la tumba, y mucha gente comenzó a hablar de construir una nueva civilización basada en el Cristianismo con su tenaz insistencia en que la esperanza en esta vida debe estar arraigada en la siguiente. La gente se enfrentó con la opción de volverse en contra de Dios o creer que Él tenía el poder y la intención de redimir los males de este mundo.

Como cabría suponer, mucha gente se aferró a su fe y otros buscaron la fe en Cristo por primera vez, habiendo sido advertidos de una manera terrible de que sus vidas estaban en peligro constante. Algunos historiadores dicen, incluso, que la generación de la revolución en Francia y la generación de los avivamientos Wesleyanos en Inglaterra pudieron haber ganado ímpetu con esta catástrofe en Portugal.² Pero las opiniones de

ninguna manera fueron unánimes en cuanto a cómo deberían ser interpretados los eventos. Esto da realce a la dificultad de poder leer la Mente Divina.

¡Una interpretación, por favor!

La gente de Lisboa buscó el significado en medio de los escombros de hogares destruidos y de amontonamientos de cuerpos sin vida. No es sorprendente que mucha gente creyó que el terremoto fue un acto de juicio divino contra la pecaminosa ciudad marítima. Un famoso Jesuita habló en nombre de muchos cuando dijo: “Aprende, oh Lisboa, que los destructores de nuestras casas, palacios, iglesias y conventos, la causa de muerte de tanta gente y las llamas que devoraron tesoros tan vastos son tus pecados abominables”.³ Después de todo, el sismo se produjo en el Día de Todos los Santos, de manera que muchos asumieron que Dios estaba diciendo que los pecados de los santos eran tan graves que merecían un juicio inmediato. Lo que desconcertó a algunos, sin embargo, fue que una calle de prostíbulos fue dejada intacta en su mayor parte.

De manera previsible, los protestantes fueron proclives a decir que el terremoto fue un juicio contra los Jesuitas que fundaron la ciudad. Al fin y al cabo, la Inquisición estaba en plenitud y decenas de miles de presuntos herejes eran brutalmente asesinados. Los Jesuitas respondieron diciendo que el terremoto reveló la ira de Dios porque la Inquisición se había vuelto muy poco estricta.

Un sacerdote franciscano le dio un giro imprevisto a su

interpretación al argumentar que el terremoto fue una forma de misericordia divina. Después de todo, razonaba, Lisboa merecía algo mucho peor: Dios tenía todo el derecho de destruir la ciudad por completo debido a la maldad que había en ella. Así pues se maravillaba por el refrenamiento de Dios al permitir que algunos vivieran. Dios, en su gracia, había hecho apenas lo justo al enviar una advertencia y decidir salvar a algunos en la ciudad como un acto de misericordia inmerecida de manera que pudiesen arrepentirse.⁴

Los feligreses se aferraron al consenso general de que esta tragedia tenía que ser interpretada a la luz de un mundo superior. Sentían que Dios estaba tratando de comunicar de alguna manera que hay un mundo más allá de este; un mundo que puede dar sentido a la imprevisible y fortuita existencia de hoy. Los sermones sobre el terremoto se predicaron durante muchos años.

Siempre que la tragedia golpea, tenemos la tendencia a interpretarla a la luz de lo que creemos que Dios está tratando de decir.

Siempre que la tragedia golpea, tenemos la tendencia a interpretarla a la luz de lo que creemos que Dios está tratando de decir. Allá por el 2004, algunos musulmanes creyeron que Alá golpeó el sudeste asiático con un tsunami alrededor de Navidad porque la temporada está llena de inmoralidad, abominación, alcohol y cosas semejantes. Y luego de Katrina, algunos musulmanes opinaron que Alá estaba acumulando venganza contra Estados Unidos por la guerra en Irak.

Por otra parte, un periodista cristiano en Israel dijo que vio un paralelo entre los colonos judíos siendo forzados a dejar la franja de Gaza y la gente siendo forzada a salir de Nueva Orleans. Su insinuación fue que Katrina era un juicio de Dios por el apoyo de los Estados Unidos a la decisión de Israel de desalojar partes de la tierra en favor de los palestinos. En un despliegue adicional de presunto entendimiento divino, Pat Robertson sugirió que el derrame cerebral que terminó con el mandato de Ariel Sharon en Israel fue un juicio divino por haber dividido la “tierra de Dios”.

No hay duda de que gran controversia rodea la interpretación de los desastres naturales. Comprendí esto perfectamente cuando leí la historia de John Wycliffe, el gran traductor de la Biblia y protestante que enseñó a sus estudiantes en la Universidad de Oxford a morir por la fe (más de trescientos de sus discípulos fueron asesinados despiadadamente por traducir y predicar la Palabra de Dios).

En 1378, Wycliffe se retiró de la vida pública para continuar sus estudios y sus escritos en Oxford. En 1381, hubo una revuelta de campesinos, y uno de los líderes del alzamiento resultó ser John Ball que, supuestamente, había sido discípulo de Wycliffe. Wycliffe repudió la revuelta pero el daño ya estaba hecho y fue acusado de complicidad. Además, los rebeldes habían matado al Arzobispo de Canterbury, reemplazándolo con William Courtenay, enemigo acérrimo de Wycliffe.

Al año siguiente, el hostil arzobispo llamó a un consejo para condenar las declaraciones de Wycliffe. Cuando se pro-

dujo un terremoto durante el proceso judicial, Wycliffe lo interpretó como un signo del desagrado divino, un juicio contra aquellos que forzaron su expulsión. Courtenay, sin embargo, afirmó que la tierra estaba eliminando gases para expeler las nauseabundas herejías de Wycliffe.

Claramente, la gente ve en los desastres naturales exactamente lo que quiere ver. Recuerdo el comentario: “Sabemos que hemos creado a Dios a nuestra propia imagen cuando estamos convencidos de que Él odia a la misma gente que nosotros odiamos”. Los desastres a menudo se convierten en un espejo en el que se reflejan nuestras propias convicciones y deseos.

Todo esto es una advertencia de que debemos ser cuidadosos con lo que decimos acerca de tales tragedias. Si decimos demasiado, podemos equivocarnos, pensando que podemos leer la letra pequeña de los propósitos de Dios. Pero si no decimos nada, damos la impresión de que no hay un mensaje que podamos aprender de las calamidades. Como veremos después, creo que Dios sí habla a través de estos eventos, pero debemos ser cautos al pensar que conocemos los detalles de su agenda.

¿Es este el mejor de todos los mundos posibles?

Voltaire vivía en Lisboa cuando ocurrió el sismo y fue afectado profundamente. A fin de comprender su reacción, tenemos que familiarizarnos primero con el filósofo Gottfried von Leibniz, que vivió algunas décadas antes del terremoto de

Lisboa (1646-1716). Fue el primer filósofo que conozco que escribió una *teodicea*, una defensa de Dios y su forma de ser en este mundo.

Analice detenidamente esta pizca de razonamiento filosófico: Leibniz enseñaba que Dios tenía ante Sí, un infinito número de mundos posibles, pero debido a que Dios es bueno, eligió *este* mundo, que es “el mejor de todos los mundos posibles”; es más, Dios creó la naturaleza para servir al mejor de todos los propósitos posibles”. A fin de cuentas, por supuesto, un Dios bueno que fuese soberano haría sólo lo mejor y lo correcto. Leibniz no condonó la maldad, sino que, a su manera de ver, la consideró parte de un magno plan, diseñado para el bien supremo. Teniendo en cuenta el propósito que Él deseaba llevar a cabo, esto era lo más conveniente para Dios.

No hace falta decir que después del terremoto de Lisboa, la gente tenía que preguntarse si este era ciertamente “el mejor de todos los mundos posibles” y si las leyes de la naturaleza estaban ordenadas para el mejor de los propósitos posibles. Si Dios se enfrentó con un número infinito de mundos y eligió este, entonces tenemos que preguntarnos legítimamente cómo hubiese sido el peor de todos los mundos posibles.

Voltaire estaba convencido de que el terremoto de Lisboa puso fin al optimismo de aquellos que pensaban que Dios siempre actuaba para bien. Voltaire ridiculizó las convicciones de los cristianos que creían que podía haber un motivo

transcendental encubierto para el sufrimiento del mundo. Para él, nada bueno podía emerger de la tragedia de Lisboa, ya sea en este mundo o en el siguiente. Incluso escribió un poema acerca del terremoto:

*“Esa desgracia, me dicen, para el bien de otros es.”
De mi cuerpo desangrado mil gusanos nacerán;
Cuando la muerte ponga fin a los males que sufrí.
¡Vaya consuelo, para mi desolación . . . !
¿Pero cómo concebir un Dios de infinita bondad,
que prodiga a raudales el bien para sus amados hijos
y, sin embargo, esparce también el mal a manos llenas? . . .
Partículas atormentadas entre el lodo,
engullidas por la muerte, para burla del destino.⁶*

En carta a un amigo, él expresó:

Hallaremos difícil de descubrir cómo las leyes de movimiento operan en tan terribles desastres *en el mejor de todos los mundos posibles*, donde cientos de miles de hormigas, nuestros prójimos, son aplastadas en un segundo en nuestro hormiguero; la mitad de ellas pereciendo, sin duda, en angustia atroz, bajo escombros de los que ha sido imposible rescatarlas, familias en toda Europa reducidas a la indigencia, y fortunas de cientos de comerciantes . . . consumidas entre las ruinas de Lisboa.⁷

¡Continuó diciendo que esperaba que los inquisidores católicos fueran aplastados como todos los demás en el terremoto! Criticó severamente a los clérigos que pensaban que era un juicio divino sobre la ciudad. Pero Voltaire no había terminado aún. Procedió a escribir *Cándido*, la historia de un niño expulsado del paraíso que aún así creía que el mundo al cual había sido empujado era “el mejor de todos los mundos”. Con sarcasmo e ingenio, Voltaire describe una tragedia tras otra, a medida que el niño continúa afirmando que todo es por el mejor fin.

Por ejemplo: Cándido encuentra a su filósofo favorito, el Dr. Pangloss (un seguidor de Leibniz), que cree que todas las cosas ocurren por necesidad y son para el mejor fin. Después de ver el terremoto de Lisboa, Pangloss dice: “Todo esto es para mejor; porque, si hay un volcán en Lisboa, no puede haberlo en ninguna otra parte; porque es imposible que las cosas no estén donde están; todo es para el mejor fin”.⁸

Más tarde en la historia, los sabios del país deciden que los terremotos se pueden prevenir quemando a algunas personas a fuego lento. Así que estos sabios detuvieron a algunos judíos, a Cándido junto con su amigo filósofo, el Dr. Pangloss, y los encerraron en prisión por una semana. Luego los hicieron marchar por las calles con mitras sobre sus cabezas portando pinturas extrañas. Cándido es azotado mientras alguien canta un himno. Los judíos son quemados y Pangloss es ahorcado. En el mismo día, la tierra tiembla nuevamente de manera terrible.

Cándido, aterrorizado, atónito, desconcertado, sangrando

y tiritando se dice a sí mismo: “Si este es el mejor de todos los mundos posibles, ¿cómo son los otros? Podría dejar pasar el hecho de que fui azotado . . . pero ¡oh mi querido Pangloss! ¡El más grande de los filósofos! ¿Debo también verte colgado sin saber por qué?”⁹

Usted entiende la idea: A medida que el libro progresa, Cándido afirma que la violación, el robo, el asesinato, la bancarrota y otros indecibles sufrimientos humanos deben ser todos aceptados de forma optimista como el mejor de todos los mundos posibles. Con sarcasmo mordaz, Voltaire ridiculiza la noción de que Dios trabaja para el mejor fin, o que elija el mejor plan para el mundo. Voltaire llega a la conclusión de que el mal es irredimible, que no tenemos derecho a discernir un propósito más elevado para el sufrimiento y la tragedia. De esta manera, Voltaire acumuló desprecio hacia los cristianos que creían que Dios tenía seguramente un propósito legítimo en tales males.

Debemos hacer una pausa por un momento y preguntarnos: *¿Es éste el mejor de todos los mundos posibles?* Si decimos que sí, la respuesta parece estar, obviamente, equivocada. El paraíso sería el mejor de todos los mundos, no nuestro mundo con su sufrimiento, corrupción y tragedia sin fin.

Mirando a través de nuestra lupa, nadie podría decir, razonablemente, que este es el mejor de todos los mundos posibles. Si fuese así, entonces, en teoría, no podríamos mejorarlo. Sin embargo, el libro de Hebreos usa la palabra *mejor* trece veces y dice que los héroes bíblicos anhelaban una “patria mejor,

es decir, la celestial” (Hebreos 11:16), y que Dios tiene planeado algo mejor para nosotros (ver v. 40). De ese modo, trabajamos duro para mejorar las cosas porque sabemos que este no es el mejor mundo posible.

Sin embargo, es difícil estar completamente satisfechos con tal respuesta. Este asunto es mucho más profundo de lo que nos parece inicialmente. La Biblia enseña que Dios creó todas las cosas para su propio deleite y su propia gloria. En ella encontramos: “En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad” (Efesios 1:11). Si todas las cosas funcionan para la gloria de Dios, si ciertamente los detalles de la historia —junto con el mal natural y humano— contribuyen en su totalidad a su propósito eterno, ¿no sería acertado decir que este plan es el mejor, si sólo pudiésemos verlo desde el punto de vista de Dios? ¿Ve, Él, nuestras tragedias bajo una lupa diferente? ¿Podría haber una razón sabia y buena para la locura?

Voltaire tenía razón al decir que, desde nuestro punto de vista, este no es el mejor de todos los mundos posibles, pero estaba equivocado al asumir que no podía haber propósitos inescrutables en un terremoto. Como cristianos, creemos que Dios es capaz de usar las tragedias para el mejor de todos los propósitos y objetivos posibles. Dios no ha permitido que su creación se descontrole; Él debe tener una razón moralmente pertinente que justifique nuestro dolor y sufrimiento. Por lo tanto, aunque tenemos que mirar estos desastres a través de

nuestros ojos, también debemos mirarlos a través de los ojos de Dios como está revelado en la Biblia. Nosotros vemos los acontecimientos desarrollarse en el tiempo, pero Dios los ve desde el punto de vista de la eternidad.

Obviamente, este es un tema al cual volveremos en un capítulo futuro.

La esperanza cristiana

De acuerdo a Voltaire, somos partículas atormentadas viviendo por unos segundos entre el lodo, por lo que no podemos entender los diseños de un Creador infinito. En esto tiene mucha razón, si es que rechazamos la Biblia como él lo hizo. Pero al hacerlo, nos quedamos sin promesas ni esperanza. Si no tenemos la Palabra del Creador, el mundo de la naturaleza resulta una realidad cruda, sin misterios por revelar. Al quedarnos solos, no podríamos descifrar el sentido de nuestra existencia, mucho menos el propósito del dolor. William James lo expresó honestamente cuando dijo que somos como perros en una biblioteca, vemos las letras pero somos incapaces de leer las palabras.

Pero cuando recurrimos a la Biblia, se nos ofrece discernimiento; no es que todas las preguntas tengan respuesta, pero por lo menos podemos ver que Dios no ha pasado por alto los defectos de su planeta. Él no es indiferente ni ignora lo que ha salido mal en la naturaleza. Para comenzar, hay una vasta diferencia entre el mundo que Dios creó originalmente y el que hace erupción con terremotos, aluviones de lodo e

inundaciones. Algo está fuera de quicio y nuestro mundo espera que Dios lo arregle. Estamos viviendo en un planeta que fue perfecto pero que ahora es defectuoso. El pecado lo cambió todo.

Pablo lo expresó de esta manera en Romanos:

De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto.

ROMANOS 8:18-22

Pablo comienza diciendo que este sufrimiento presente no se puede comparar con la futura gloria de aquellos que conocen a Dios. El sufrimiento es redimible; el futuro compensará lo presente. El último capítulo todavía tiene que ser escrito. Las respuestas que nos eluden en esta vida podrían ser contestadas en la próxima.

Pablo entonces relaciona la maldición de la naturaleza con el pecado del hombre. Él destaca que el estado pecaminoso del hombre fue su propia obra, pero Dios sujetó la naturaleza a la maldición aun cuando no tuvo parte en la decisión: “porque

fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad”. La humanidad, ahora manchada por el pecado, no pudo vivir en un medio ambiente libre de pecado. Así la creación llegó a ser una víctima impersonal de la decisión personal que tomó Adán al rebelarse.

La naturaleza está maldita porque el hombre está maldito; el mal natural —si lo llamamos así— es por consiguiente un reflejo del mal moral porque ambos son salvajes, crueles y perjudiciales. La naturaleza no es tan mala como lo podría ser: A la lluvia le sigue la luz del sol,

a un maremoto le sigue la calma y a un terremoto, eventualmente, le sigue la quietud. Así también nosotros, como seres humanos, no somos tan malos como lo podríamos ser. Somos una mezcla de bien y de mal, y con mucha frecuencia el mal lleva la delantera. La naturaleza es, en consecuencia, un espejo en el cual nos vemos reflejados a nosotros mismos.

Al considerar el huracán Katrina, deberíamos ver reflejado en él todo lo negativo de la naturaleza humana; poderosa, despiadada e imprevisiblemente cruel. En una época tan indiferente al pecado, los desastres naturales sostienen un espejo que nos muestra cómo Dios ve nuestros pecados. El pecado siempre deja una estela de muerte y destrucción con consecuencias continuas y dolorosas. Tanto el mundo físico como la humanidad esperan la liberación que sólo Dios puede lograr.

Hay una vasta diferencia entre el mundo que Dios creó originalmente y el que hace erupción con terremotos, aluviones de lodo e inundaciones.

Podemos participar en una lucha contra la naturaleza porque estamos armados con el conocimiento de que este mundo no es normal; ya no es lo que fue alguna vez. Entonces peleamos contra la enfermedad, sometemos a la cizaña y usamos combustible para calentar nuestros hogares. Cooperamos con la naturaleza cuando podemos y la dominamos para nuestro beneficio. De la misma manera, también luchamos contra el pecado en nuestras vidas, en nuestra nación y en nuestro mundo. Luchamos contra la maldición dondequiera que se encuentre.

Dios ha prometido transformar este mundo presente removiendo la maldición del pecado y dando lugar a una eternidad de ecuanimidad y justicia suprema.

La creación “aguarda con ansiedad” su liberación. La palabra griega usada en estos versículos describe apropiadamente la actitud de un hombre que escudriña el horizonte buscando el primer atisbo de un amanecer glorioso.¹⁰ La naturaleza es representada como si anduviese en puntas de pie, esperando su

propia liberación de la maldición. Algún día “ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. Dios no permitirá que la gente redimida viva en un entorno irredento. Así, cuando el pueblo de Dios sea redimido completa y finalmente, la naturaleza hará lo propio. Se avecinan días mejores.

Podemos estar de acuerdo con Voltaire en un punto: Desde nuestra perspectiva, este no es el mejor de todos los mundos

posibles. Pero también afirmamos, contundentemente, que Dios ha prometido transformar este mundo presente removiendo la maldición del pecado y dando lugar a una eternidad de ecuanimidad y justicia suprema. Tenemos la posibilidad de semejante esperanza sólo si un Dios inteligente y poderoso está detrás de lo que vemos en las pantallas de televisión cuando una ciudad yace en ruinas.

Viento, lluvia y una casa derrumbada

El terremoto de Lisboa dividió a Europa entre la tierra y el cielo.¹¹ Por un lado, la tragedia estimuló el interés por el consuelo de la religión, especialmente la fe cristiana. La asistencia a la iglesia se incrementó y la gente estuvo más propensa a poner atención en la eternidad y en ser leal a la iglesia y a Dios. Pero también incentivó el desarrollo del naturalismo y el desarrollo de la Ilustración secular.

El gran filósofo Emmanuel Kant escribió un libro acerca del desastre y llegó a la conclusión de que los terremotos podían ser explicados científicamente usando la física y la química. Argumentaba que no había necesidad de traer a Dios a la discusión sobre la causa del terremoto, afirmando que Dios era necesario para aquello que no se podía explicar; pero que era absolutamente innecesario una vez que se había determinado que el comportamiento de la naturaleza era el resultado de varias leyes físicas naturales de cuerpos en movimiento.

El sismo de Lisboa planteó el tomar una decisión: Los de pensamiento celestial fueron motivados a consagrarse aún

más a sus compromisos religiosos; los de pensamiento terrenal se inclinaron más por explicar todo lo concerniente a la vida sin tener que hacer referencia a un Dios que interactuaba con el mundo. En otras palabras, la gente tomó la decisión de volverse a Dios o la de alejarse de Él con desilusión y enojo. Aquellos que se alejaron lo hicieron porque confiaban más en sus propias opiniones que en las de la Biblia.

Los desastres naturales tienen una manera de dividir a la humanidad desentrañando nuestros valores y carácter. Tienen una manera de revelar nuestros amores secretos y convicciones personales. Jesús contó una historia acerca de un desastre natural que dejó al descubierto las vidas íntimas de dos vecinos.

Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; con todo, la casa no se derrumbó porque estaba cimentada sobre la roca. Pero todo el que me oye estas palabras y no las pone en práctica es como un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa, y ésta se derrumbó, y grande fue su ruina.

MATEO 7:24-27

Considere que en una hermosa tarde soleada, estas dos casas parecen idénticas. Sólo el viento poderoso hizo la distinción entre las dos. Los desastres ponen en claro nuestros

valores, desafían nuestra fe y revelan quienes somos realmente. Si estamos arraigados en las promesas de Jesús, podemos resistir. Si no, seremos arrastrados por nuestras propias filosofías humanas e interpretaciones estrechas.

Para aquellos que se encuentran relacionados vagamente con Dios —Dios como una idea, Dios como concepto, Dios como último recurso en la dificultad— los desastres naturales son sólo una razón para dudar de Dios y de su cuidado. Pero para aquellos que han probado a Dios por su Palabra y sus promesas, su fe sobrevivirá la embestida de los desastres pasados así como también la de aquellos por venir.

Esta breve introducción a los desastres naturales tiene dos propósitos: Primero, debemos estar alerta para no interpretar rápidamente estos eventos con nuestra perspectiva de lo que Dios está tramando. Ya hemos aprendido que la gente siempre le dará a estos desastres una interpretación compatible con su religión, su entendimiento del pecado y sus propias convicciones de lo que piensan que Dios debería hacer. Evitemos estos extremos.

Pero tampoco vayamos al otro extremo y hablemos como si la Biblia permaneciera en silencio acerca de estos asuntos. Difiero con lo expresado por el teólogo ortodoxo oriental David B. Hart al ser citado por el periódico *Wall Street Journal* diciendo que no tenemos derecho a “lanzar banalidades aberrantes acerca de los inescrutables consejos de Dios o a proferir sugerencias injuriosas de que todo esto sirve misteriosamente a los buenos propósitos de Dios”.¹²

Si los desastres naturales no sirven a los buenos propósitos de Dios, entonces estamos enfrentados con un Dios que, o bien es muy débil para hacer que el mal sirva a fines más elevados, o muy malo para hacer lo que es bueno y justo. Sí, hay un gran peligro al afirmar que sabemos mucho acerca del propósito de Dios. Pero también hay peligro al permanecer en silencio; al no compartir lo que la Biblia nos permite decir acerca de estos eventos horribles. Los desastres naturales tienen un importante mensaje que no debemos ignorar.

Segundo, debemos darnos cuenta que preguntar por qué suceden los desastres naturales es similar a preguntar por qué muere la gente. Seis mil personas mueren por hora en este planeta, la mayoría de ellos en angustia, casi como aquellos que mueren en un terremoto o un tsunami. Muchos más niños mueren de hambre cada día que el número total de gente que murió cuando el huracán Katrina golpeó la Costa del Golfo. La única razón por la que los desastres naturales atraen nuestra atención es porque intensifican de manera dramática la ocurrencia diaria de la muerte y de la destrucción. Así como la muerte, los desastres naturales permanecerán con nosotros hasta que Dios transforme el orden actual. Como explicaré más adelante, el peor desastre natural aún está por venir.

En el próximo capítulo nos ocuparemos de la pregunta acerca de la relación de Dios con los desastres. ¿Son actos de Dios? ¿Deberíamos proteger la reputación de Dios diciendo que los desastres son simplemente el resultado de una naturaleza caída? ¿O deberíamos culpar al demonio por estos

hechos? Además, ¿cuáles son las implicancias de nuestras respuestas?

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Piensa usted que Dios quiere que busquemos respuestas con respecto al plan de Dios y a los desastres naturales?
2. ¿De qué manera piensa que los desastres naturales reflejan el lado malo de la naturaleza humana?
3. ¿Cómo pueden los desastres naturales “desentrañar nuestros valores y carácter” revelando nuestra vida íntima?
4. ¿Qué piensa de la idea de Emmanuel Kant de que si los desastres naturales pueden ser explicados por las leyes naturales, es innecesario traer a Dios al debate?

INTRODUCCIÓN:

- ¹ Fiódor Dostoievski, Constance Garnett, trans., *The Brothers Karamazov* [*Los Hermanos Karamazov*], Modern Library Series, (Nueva York: Random House, 1995), 272.

CAPÍTULO 1

- ¹ Susan Neiman, *Evil in Modern Thought [El Mal en el Pensamiento Moderno]* (Princeton: Princeton University Press, 2002), 142.
- ² A. J. Conyers, *The Eclipse of Heaven [El Eclipse del Cielo]*, (Downers Grove: InterVarsity Press, 1992), 13.
- ³ *Ibidem*, 13. La cita es de Kendrick, *The Lisbon Earthquake [El Terremoto de Lisboa]*, (Philadelphia: Lippincott, 1957), 137.
- ⁴ Conyers, *The Eclipse of Heaven [El Eclipse del Cielo]*, 13.
- ⁵ John Woodbridge, ed., *Great Leaders of the Christian Church [Grandes Líderes de la Iglesia Cristiana]* (Chicago: Moody Press, 1988), 174.
- ⁶ Joseph McCabe, ed. y trad., *Selected Works of Voltaire [Obras Selectas de Voltaire]* (London: Watts and Co., 1911), en <http://courses.essex.ac.uk/cs/cs101/VOLT/Lisbon2.htm> enlace verificado por última vez en 2 de mayo del 2006.
- ⁷ <http://humanities.uchicago.edu/homes/VSA/letters/24.11.1755.html>; enlace verificado por última vez en 24 de marzo del 2006.
- ⁸ Voltaire, *Candide [Cándido]* (New York: New American Library, 1961), 26.
- ⁹ *Ibidem*, 28.
- ¹⁰ William Barclay, *The Letter to the Romans [Carta a los Romanos]* (Edinburgh: The Saint Andrew Press, 1955), 115.
- ¹¹ Edward Rothstein, “Seeking Justice, of Gods or the Politicians” [Buscando la Justicia, de Dios o los Políticos], *The New York Times* (8 de septiembre del 2005).
- ¹² David B. Hart, “Tremors of Doubt” [Temblores de Duda], *OpinionJournal* (31 de diciembre del 2004), en <http://www.opinionjournal.com/taste/?id=110006097>; enlace verificado por última vez en 19 de abril del 2006.